

Palabras bajo la sombra de un baobab

Amaya NOGUEIRA RODRÍGUEZ

Primer accésit

“Uzoma, ¡la abuela no quiere morirse!” La llamada no pudo resultar más inoportuna e inquietante. A pesar de que habían transcurrido más de seis años y creía tener el control de su vida y sus decisiones, aquellas palabras trastocaron su escala de prioridades, sólidamente construida al margen de su pasado, su familia y su futuro predestinado al nacer. Sólo durante cinco efímeros minutos, logró ignorar el mensaje proveniente de su poblado natal. Escuchó la voz de su madre, pero la sentencia había viajado desde más allá de los escasos cien kilómetros que separaban la capital de la casa familiar; las palabras provenían de su infancia, o quizás, del lugar de donde surgió antes de ser.

Desde que nació, la abuela de Uzoma se encargó de tenerla pegadita a su falda impregnada de colores estampados cada amanecer, hilando las historias acaecidas desde el albor de los tiempos. Aquel hueco bajo su mirada, estaba destinado para la pequeña, porque al nacer no lloró y a pesar del susto inicial de todos ante la ausencia de llanto, la anciana dictaminó con alegría, que aquella niña prefería el silencio para escuchar, y así debía ser.

Uzoma se pasaba horas junto a la abuela y todos las dejaban a solas, cuando Dada pronunciaba aquellas palabras mágicas: “Uzoma, escucha atentamente, que la historia va a comenzar.” En aquel momento, la abuela y la niña parecían difuminarse entre sonidos y gestos, que dibujaban letras invisibles bajo la sombra cómplice del baobab.

Uzoma escuchó durante muchos años sin decir nada, dueña del silencio que resguarda la verdad, la sabiduría y conforma la memoria. De la misma forma, atendió concentrada a sus maestros en la escuela primaria; después, navegó por un aula de secundaria y afrontó con éxito sus años de preparación hasta llegar a dar el gran salto, convirtiéndose en la primera mujer de la familia que estudiaba una carrera. La abuela Dada la observó con semblante orgulloso, el día de su partida hacia la universidad de Ibadán.

—Hoy, partes en busca de tu camino, pero no olvides volver, aún no has terminado de escuchar.

Uzoma veneraba a aquella mujer enjuta y vivaz, que a principios de siglo, había marchado desde la aldea hasta Oloko, formando parte de la famosa lucha de las mujeres Igbo. Regresó a su

tierra días después, como si sólo hubiera hecho un paréntesis, diciéndole a los presentes que la esperaban angustiados, “Ahora, ya puedo seguir con mis cosas”, y atándose a la espalda al tío de Uzoma, se marchó a los campos de tabaco y continuó con la labor.

Pero lo más especial de la abuela Dada, no era aquel tesón para trabajar y sacar a su familia adelante, como hacían casi todas las mujeres que Uzoma conocía. Dada era aderezada por una capacidad casi mágica y embaucadora para contar cuentos, hilvanar historias, recitar poesías y cantar canciones a cualquiera que tuviera ganas de escuchar. Puesto que todo el mundo de la aldea y los contornos conocía y apreciaba el don de aquella mujer, cada nuevo cuento que llegaba a oídos de alguno, era inmediatamente transmitido a la anciana, que mimaba las palabras, las abrazaba, hasta grabarlas en su cabeza. Uzoma, bien lo sabía, porque la abuela la había escogido para encomendarle todas y cada una de aquellas palabras almacenadas en su memoria. Así fue, desde que nació en silencio y la cobijó a su lado.

Al partir a la universidad, algo se rompió en aquel hilo invisible que unía a la abuela con su nieta y Uzoma quiso cambiar su destino de eterna narradora. Sus oídos escucharon otros sonidos que fueron arrinconado a las historias de la abuela; el inglés, engulló de la misma manera a su lengua natal y sus faldas “iro” durmieron en el fondo del armario para dejar paso a pantalones y trajes de chaqueta, según ella, más acordes con su nueva vida de joven licenciada en ciencias matemáticas y su puesto, en una de las oficinas bancarias más importantes de la ciudad.

Su vida había cambiado y los viajes a Londres la mantenían ocupada y le otorgaban la excusa perfecta para no regresar a su casa, más que en alguna ocasión muy especial, en la cual trataba por todos los medios de esquivar a la abuela Dada, que la miraba recelosa.

Al pasar frente al Museo de Historia Natural, recordó el día cuando, entre máscaras de madera y esculturas, escuchó obnubilada la conferencia de Amadou Hampaté Ba, que una más pronunció su conocida frase “En África, cuando muere un viejo, es como si se incendiara una biblioteca”. Huyó de la sala, igual que lo había hecho de su poblado, de su abuela, de su destino. Pero aquella mañana, esa frase la hería más que nunca y deseó llegar a tiempo de remediarlo.

En menos de dos horas, Uzoma había llegado a su casa natal. Tras saludar a los presentes, pidió que le dejaran un Kaba para cambiarse y presentarse respetuosamente ante la abuela. Mientras se vestía, su madre le hablaba.

—Está muy enferma, sufre... ella misma dice que se tiene que morir, pero que no puede hacerlo hasta que no te vea, Uzoma, te está esperando.

Uzoma lo sabía, conocía también la razón y lo que iba a acontecer en las siguientes horas. Cuando entró en la habitación, reprimió las ganas de llorar ante la visión de aquella mujer apagándose, un cuerpo casi sin vida, para un espíritu que se negaba a abandonarlo. Sin abrir los ojos, la abuela esbozó una sonrisa.

—¡Uzoma, has vuelto...!

La joven se acercó y se acurrucó a un lado de la anciana, cogiéndole suavemente la mano y dejando escapar una lágrima de rendición.

—He vuelto para escuchar, Dada.

Y así fue, Dada abrió los ojos, que parecieron recobrar su brillo más intenso y Uzoma no se despegó de ella durante los siguientes tres días, alimentándola con pequeños sorbos de caldo, aseándola, cambiando su postura y... escuchando y repitiendo cada uno de los cuentos, poemas o canciones que la abuela quería que fueran recordados. Cuando creyó haber vaciado su memoria sobre la de su nieta, le pidió que la dejara dormir.

—Ahora, las historias son tuyas, tú eres su nuevo recipiente, escoge el camino correcto y no dejes que nunca se pierda una palabra.

Una hora después, la abuela Dada había muerto. Celebradas todas las ceremonias, Uzoma reunió a un amplio grupo de familiares, entre los que se encontraban muchos niños; invitó a todos a sentarse bajo la sombra del baobab, donde su abuela y ella, tantas horas permanecieron al abrigo. El silencio se hizo dueño de la tarde y entonces, Uzoma habló.

—Escuchad, atentamente, porque la historia va a comenzar.

Las palabras heredadas de los ancestros vibraron en el aire, cobrando vida y sentido en los labios de Uzoma. Ella era la nueva narradora de historias de su poblado; haciendo honor a su nombre, había seguido el camino correcto.

La noche salvaje

Eloy LÓPEZ GRANDAL

Segundo accésit

***E**n el mismo hotel que fuera centro de operaciones de la Conferencia de 1906, hoy los principales dirigentes europeos se enfrentan a una crisis sin precedentes. La noticia surge en el día de clausura de la cumbre sobre migración, que se prolongará ya de manera impredecible. Los presidentes de Francia, Alemania, Italia, España y Gran Bretaña guardan silencio y suspende, por el momento, la rueda de prensa prevista para última hora de esta tarde. El mundo cambia para siempre a toda velocidad mientras realizamos esta crónica y el programa continúa en antena e inicia su sexta hora en directo. En Algeciras, son las 14 horas del sábado...*

El secretario, junto al televisor, repara en el gesto del primer ministro francés, señor H y apaga la emisión. Reina un gran silencio en la sala de la última planta habilitada para las reuniones. Nadie se atreve a hablar.

El presidente español, el señor R, mantiene su discreta posición en el fondo de la sala. A su lado, el primer ministro británico, el señor C, tamborilea nervioso con los dedos sobre el teléfono móvil. Hace días que no duerme bien y ayer mismo pidió que le viese de urgencia un médico. Al parecer, sintió una gran opresión en el pecho cuando se cepillaba los dientes, antes de irse a la cama. Frente al gran ventanal de la sala, tapado por dos juegos de cortinas, la primera ministra de Alemania la señora M se frota las manos nerviosa.

Por último, apoyado en la pared de la puerta de entrada, con la cabeza inclinada hacia el cielo, el primer ministro italiano, el señor B, de una elegancia inclasificable, sostiene una tacita de café vacía entre sus manos delicadas e inmaculadas.

Han llamado varias veces a la gran puerta de entrada a la sala. Una puerta maciza de madera noble, que chirría levemente sobre los goznes. Nadie se mueve.

Ha tardado en reaccionar, pero al fin el señor H, juncal en el sillón de orejas, con gesto preocupado pero sereno, ausente por un instante, levanta la mano en un gesto lapidario y autoriza al secretario a franquear el aso. O más bien, conmina al secretario a que abra la puerta cuanto antes, porque casi se puede escuchar la respiración apurada tras el portón y nuevamente suenan golpes exigentes.

El secretario cumple lo ordenado y con celeridad da dos vueltas a la llave, dejando libre el paso. El pasillo rezuma guardaespaldas, hombres trajeados y armados. Por lo menos han triplicado

su presencia desde esta mañana, piensa el secretario.

La ministra de exterior española irrumpe a toda prisa en la sala, con el cuello de la blusa ciertamente desencajado, sudorosa. El secretario permanece con la puerta abierta, escrutando otras señales en el corredor. El juego de la imaginación hace flaquear sus piernas menudas y temblorosas.

Los notables, ante la presencia de la ministra recién llegada, abandonan sus posiciones de retaguardia en la sala y se ubican en los sillones que flanquean la posición del señor H. Esperan noticias. Sólo el señor B tarda en despegar la espalda de la pared, aun con la taza fría entre sus manos.

El señor R toma la palabra, respondiendo así a la mirada apremiante de sus colegas.

—Hable ministra, cuéntenos lo que sucede ahí fuera. ¿Puede confirmar las informaciones de la prensa?

—En efecto señores. Incluso diría que se quedan cortos en sus valoraciones. Dos aviones de reconocimiento han sobrevolado el norte de África y llegado más allá de Mali y Níger. Los pilotos confirman todos los extremos de las noticias. La secretaria de estado norteamericana viaja hacia allí de urgencia.

—¿Qué capacidad tiene la prensa de informar en tiempo real de lo que está sucediendo?

Considero que debemos evitar la alarma en la ciudadanía —ha replicado en señor H—.

—Es cierto, como usted dice, que la alarma es grande, pero Marruecos ha cerrado su espacio aéreo, al igual que Argelia y Túnez. Y siguiendo sus instrucciones hemos desplegado una flota que controla ya a estas horas el Mediterráneo. No se permite la navegación.

—¿Y Ceuta y Melilla? ¿Ha hablado usted con las delegaciones del gobierno o los presidentes autónomos? Inquiére el señor R.

—Sí presidente, ellos están en la posición más delicada. Según me informan, por el momento el día es tranquilo, aunque a lo largo de la valla de separación...

—Olviden eso de momento, es un asunto menor, y discúlpenme si se sienten ofendidos, pero me temo que ese aspecto no debe ser objeto prioritario de nuestras preocupaciones —ha dicho el señor B, que ya se aparta del grupo para identificar la llamada que llega a su teléfono móvil—.

Disculpen, ha dicho el señor B, mientras el señor H pide calma, ante la réplica airada del señor R, secundada por los demás con un murmullo entreverado y ademanes solidarios de sus cabezas. El señor B, desde el fondo de la sala comunica a los demás que habla con su ministro de exterior que a su vez le reporta información de sus contactos con las autoridades de Túnez y Libia.

—Señores —dice con aire circunspecto el señor H— el problema que se nos plantea es de una gravedad tal, que considero imprescindible que hagamos un certero análisis de los acontecimientos. Por favor ministra, sería tan amable, ¿a qué nos estamos enfrentando?

Desde el lugar más alejado de la sala llega el sonido de las palabras del primer ministro italiano, que eleva el tono y advierte a su interlocutor que deben movilizar los efectivos militares necesarios hacia el Canal de Sicilia y la Isla de Lampedusa. Varios de sus colegas hacen gestos para que baje la voz.

El secretario ha arrimado una silla para la ministra de asuntos exteriores, al tiempo que él permanece de pie, inmediatamente detrás, como un objeto decorativo de la sala. Los demás cierran un círculo en el cual es cabeza visible la ministra de exteriores, que ha comenzado la narración de lo hechos.

No se sabe cómo ha empezado, ni cuándo, ni dónde. Se desconoce quién dio el primer paso. No parece una acción organizada, sin embargo eso no concuerda con la magnitud y la extensión geográfica del acto. Decirles que, si bien durante las primeras hora fui escéptica ante la posibilidad de una acción espontánea y no organizada, a medida han transcurrido las horas y he ido atando cabos, he de confesares que la hipótesis me parece verosímil...

Piensen que es imposible organizar tamaña maniobra sin que nuestros respectivos servicios secretos no hayan captado el mínimo indicio... Nos enfrentamos a un suceso de naturaleza espontánea, que genera contagio, que se extiende de boca en boca, que gana adeptos de forma vertiginosa con el paso de los minutos... ¿Comprenden ahora la alarma que traté de transmitirles hace unas horas con mis llamadas telefónicas?...

Esta mañana, inopinadamente, ha aparecido un grupo de personas en la valla fronteriza de Ceuta con Marruecos. Es la primera noticia que existe. A los pocos minutos pasaron de una docena de personas a un centenar. Pronto el centenar se multiplicó varias veces. Ahora mismo una cadena humana, se extiende desde Tánger a Tetuán. Es una cadena pacífica y silenciosa. Me cuentan que las autoridades marroquíes dieron instrucciones de disolverla lo antes posible. Tras un primer intento por parte de los policías y militares, un intento que tenía orden de ser contundente y disuasorio, parece ser que las fuerzas del orden fueron de apoco bajando los brazos, haciéndose a un lado para contemplar la escena a metros de distancia. Apenas existe constancia de unos primeros forcejeos y golpes indiscriminados, hasta que la ingrata labor debió de parecerles absurda y guardaron sus porras, retiraron de cuerpo y cabeza las protecciones metálicas y desabrocharon la guerrera...

No acaba aquí la cosa. Parece ser que en los primeros grupos reunidos abundaban, entre otros, los senegaleses y nigerianos, que como es habitual esperaban su oportunidad para intentar cruzar al otro lado. Pero con el paso de las horas las poblaciones locales se unen a la cadena: se abandonan puestos de trabajo y escuelas, la gente cierra casas y negocios, familias enteras se suman a la cadena, se tornan de la mano, se van alargando de manera indefinida a lo largo de la costa...

—Dios mío, ¿qué está usted contando? —piensa en voz alta el primer ministro francés—.

Hay más, señores, ha continuado la ministra de asuntos exteriores. Confirmamos

concentraciones en Casablanca en dirección a Rabat y de ésta hacia Larache. En el Sahara, en las inmediaciones de El Aaiun, hacia el norte y hacia el sur, miles de senegaleses, mauritanos y saharauis... Hay numerosos grupos de mauritanos cruzando la frontera en dirección a la costa saharauí. Los mismo sucesos se repiten en Argel, entorno a su puerto, todavía en un número minoritario. Más grave parece el cariz que toman las congregaciones en el golfo de Túnez... También hay manifestaciones en Trípoli, en El Cairo... De todas partes columnas de gentes avanzan hacia el norte... Se vacían las ciudades, el éxodo es masivo.

Santo cielo, que está usted diciendo ¿y las autoridades de esos países qué hacen?

—¿Está usted segura de que las informaciones son fiables?

—Por favor señores —dice con voz rotunda el primer ministro italiano, acallando de una vez el murmullo general— acaso no escuchan bien, estamos bajo una seria amenaza. Propongo que de forma inmediata despleguemos un fuerte dispositivo militar, hagamos una demostración de fuerza. Mano dura, señores...

El murmullo de sus colegas es rotundo y desautorizan la propuesta. Ahora, un terrible silencio se instala en la sala, como si todos los presentes se viesen superados por los acontecimientos.

—¿Acaso no lo entienden? ¿Es posible que no lo entiendan ustedes?

Todas las miradas se clavan en el secretario. Firme, erguido en su corta estatura, con las manos húmedas agarradas en el bajo vientre y el rostro enrojecido por la tensión.

—¿Cuántas más respuestas necesitan?

Dicho esto, el secretario se siente liberado. Dispuesto para salir volando por los aires en cualquier momento.

Entonces la primera ministra de Alemania, señora M, descorre suavemente el doble cortinar que tapa el gran ventanal. No muy lejos puede verse la costa. Es un día despejado, claro, limpio, inmaculado, como ningún otro.

© El Autor y La Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid